

LA SOCIEDAD DOMINICANA VISTA POR PEDRO FRANCISCO BONO

Por Freddy Peralta

Introducción

EL EMINENTE ESCRITOR AUSTRIACO STEFAN ZWEIG sostuvo a propósito de Stendhal, que entre un hombre y su época existen dos tipos de relaciones. En primer lugar están los hombres que se insertan de tal modo en su época que forman con ella una unidad inseparable a pesar de que ellos, irremediabilmente, desaparecían después de la época que les tocó vivir.

En segundo lugar, están los que se colocan por encima de los límites de su tiempo. Sin embargo, éstos, paradójicamente, no desaparecían con su tiempo, cobrando mayor vigencia en la medida que la generación a la que estuvieron unidos se hundía en el pasado.

A este último tipo de hombres perteneció Pedro Francisco Bonó. Por sus condiciones intelectuales, morales y patrióticas, estuvo muy por encima del medio social que le vio nacer.

Como sociólogo intuitivo planteó problemas que aún hoy mantienen su vigencia, esperando una solución adecuada. Como patriota íntegro sirvió a la República en todo cuanto pudo. Y como hombre, supo darle primacía al interés colectivo sobre el personal, prefiriendo el aislamiento idealista.

Apuntes Biográficos de un Gran Desconocido

Pedro Francisco Bonó pertenece a la estirpe de los hombres más nobles del país, que soñaron con una patria digna y que dedicaron todas sus fuerzas a preservarla y engrandecerla.

Como la mayoría de los estudiosos de su época Bonó fue el auto-

didacta. Se dedicó con mucha inquietud al estudio de la sociología, de la economía y de la literatura. Todos sus conocimientos intelectuales, hoy nos sirven para analizar las características sociales de su época y la sociedad actual. Fue abogado, publicista, ensayista y hasta médico.

Nacido en 1828 en la ciudad de Santiago, ya a los 28 años es secretario de guerra del General Franco Bidó en la Batalla de Sabana Larga. Y desde aquí encontramos su vida ligada a los destinos patrios: Revolución de 1857, Prócer de la Restauración.

Las veces que desempeñó cargos legislativos no lo hizo tanto por el lucro personal. Se preocupó desde ellos en promover proyectos útiles para la nación, como conoceremos en el desarrollo de la presente investigación.

Convencido de las veleidades del poder, sólo aceptó en una ocasión que lo nominaran como candidato a la Presidencia.

Su probidad, su desinterés, todas sus acendradas cualidades humanas, le hicieron ganar la admiración y el respeto de los hombres más ilustres de su tiempo: Espaillat, Hostos, Billini, Luperón, Meriño, Emeterio Betances, entre otros.

Se distinguió, como muy pocos, por ser un conocedor de las estructuras sociales de su época. Su preocupación por las clases desposeídas siempre se mantuvo.

Muerto en 1906 tuvo la suerte de no llegar a presenciar la más terrible de las calamidades, que sospechó que podrían traer las constantes empréstitos gubernamentales: La invasión norteamericana de 1916.

A todos sus méritos hay que sumarle el haber sido uno de los pioneros de la narrativa nacional, junto a Alejandro Angulo Guridi. Según el criterio de Emilio Rodríguez Demorizi, fue el primero en escribir una novela de auténtico ambiente dominicano. Nos referimos a la novela *El Montero* escrita cuando sólo contaba con unos 23 años y publicada en 1848. Existe, además, el bosquejo de otra novela de Bonó basada en su visita al Cantón Bermejo y que parece que no llegó a terminar.

A pesar de todas estas excepcionales cualidades Pedro Francisco

Bonó es todavía un gran desconocido.

Los jóvenes, de hombres como éste, es mucho lo que pueden aprender, pues sus facetas son diversas: Restaurador fervoroso, legislador probo y desinteresado, sociólogo y economista de visión profética.

1. ASPECTOS ECONOMICOS

1.1 El Azúcar

A lo largo de todo el pensamiento de Pedro Francisco Bonó se observa una constante preocupación e inquietud por la industria azucarera del pasado siglo. Esa industria, que se iniciara decisivamente en los primeros años de 1880 vino a revolucionar no sólo la economía dominicana, sino su vida política, económica y social. A Bonó se le puede otorgar el mérito de, por lo menos, vislumbrar algunos de los aspectos relevantes que la economía azucarera introdujo en el país en su desarrollo.

El panorama agrícola dominicano para 1870 se resume así: Un país con escasa población (estimada en 1871 entre 150,000 y 207,000), una super abundancia de tierras baldías y situaciones anárquicas en relación a la mensura de la tierra. "La infraestructura deficiente, la inestabilidad política y la escasez de trabajadores llevaron a la predominación de empresas ganaderas que exigían poco personal, en el este y oeste, y una "shitting agriculture" en el Cibao, donde sin embargo, se producía también para la exportación. Sólo en la parte costera del sur existía el cultivo tradicional de caña con otros fines que el del consumo propio. La explotación primitiva de maderas finas era de importancia sobretudo alrededor de Barahona y Monte Cristy"¹. Es la industria azucarera con grandes producciones lo que viene a revolucionar todo este panorama. La lucha independentista cubana de octubre de 1868 favorece la emigración de inversionistas y capitalistas que ven en esta nación buen caldo de cultivo para sus ingresos. Cuba hasta ese momento había logrado muchos avances en su industria azucarera.

En un documento publicado en 1871 por una comisión de investigación norteamericana² se informa que en los alrededores de Baní se encontraban 100 trapiches, mientras que por Azua oscilaba entre 100 a 200 trapiches, con los cuales se podía "moler la caña blanca,

colar bien el guarapo o jugo, cocerlo, y darle punto en grandes calderas. . . ; así también se hacía el azúcar y las raspaduras de consumo doméstico". Entre 1875—1822 se fundaron treinta (30) "haciendas de cañas", de las cuales se localizan tres (3) en el norte, dos (2) en Samaná y una (1) en Puerto Plata. Las demás plantaciones se radicaban en el sur. La dimensión en promedio de cada ingenio era de unas dos mil (2,000) tareas con una producción promedio de diez (10) y doce (12) quintales por tarea —en buenos terrenos se alcanzaba hasta veinte (20) quintales—. Llevando todo esto a cifras, tenemos unas sesenta mil (60,000) tareas que entregarían una producción de aproximadamente 660,000 quintales de azúcar. Los apellidos de los propietarios importantes permite tener una idea de la diversidad de procedencia: Salvador Ros (cubano), Vicini (italiano), Bass, Von Krosigh, Smidt y Hachtman (alemanes), William Read, Carrol ó Carrell, Hatton y Stokes (anglosajones).

El progreso productivo iba delimitando una clara concentración de las plantaciones, a la vez que se convertía en el principal renglón productivo que afectaba a su vez la existencia no sólo de la economía autárquica, sino también de economías coherentes como la producción de tabaco en el Cibao, que había sido, antes de la naciente industria, el principal renglón de la economía dominicana y cibaëña fundamentalmente. El desarrollo de la industria azucarera fue favorecido grandemente por el alcance de la tecnología y la mecanización. Antes de finalizar el siglo, ya se contaba con líneas ferroviarias, líneas telefónicas y hasta bonificaciones, aunque sólo fuera en las plantaciones del liberal Bass.

Bonó en 1884 ya tenía una idea clara y precisa sobre la industria azucarera, ello se advierte en una carta enviada a Luperón quien defendió e invirtió en este renglón económico. ". . . he hecho ver, ciencia a la vista, las malas doctrinas reinantes en el Cibao y la demolición de su propiedad y su agricultura. He hecho ver la transformación del este; la traslación a títulos casi gratuitos de su propiedad a manos de nuevos ocupantes encubiertos bajo el disfraz del Progreso. Progreso sería, puesto que se trata del progreso de los dominicanos, si los viejos labriegos de la común de Santo Domingo. . . fueran en parte los amos de sus fincas y centrales: si ya ilustrados y ricos como hacendados, en compañía de los que nos han dado el inapreciable favor de venir a nosotros, trayéndonos su dinero, sus conocimientos, sus personas, su trabajo, mandaran directamente sus productos a Nueva York. Pero en lugar de eso, aunque pobres y rudos, eran propietarios, y hoy, más pobres y embrutecidos han venido a parar en

proletarios. ¿Qué progreso acusa eso?"³. Es evidente que en el dictamen de Bonó influyera su regionalismo y su vinculación con la industria del tabaco, pero también es obvio que aceptaba la industria azucarera como hasta cierto punto, el vellocinio de la riqueza, pero siempre y cuando se apoyara en una organización más nacionalista, en cuanto a su administración y a la distribución de las riquezas. Pero aún así calificó al tabaco como el que había sido y será "el verdadero padre de la patria", mientras que el azúcar era "oligarca" y no lo llamó imperialista, porque no registraba ese término en su vocabulario. El mismo Eugenio María de Hostos analizaba el fenómeno en cuestión pero con mayor flexibilidad e imparcialidad. En un artículo publicado en 1884 consideraba de "falsa alarma" la crisis agrícola, y pasaba a reconocer factores positivos de la industria azucarera y reconocía que debido al fomento de ingenios de azúcar se conseguía:⁴

1. El aumento de su capital social en \$21,088,750.
2. La valorización económica de los terrenos que sólo tenían un valor natural y la regulación de la propiedad territorial, que era completamente indefinida.
3. El mejoramiento indirecto de los medios de trabajo y el mejoramiento accesorio del trabajador.
4. La adquisición de los procedimientos modernos de la producción.
5. El súbito cambio de la pequeña a la grande industria.
6. El subsidiario del comercio casi exclusivamente nacional al casi exclusivamente internacional.

Con todo esto, Hostos se ponía a la altura de reconocer el valor revolucionario de la burguesía que el mismo Carlos Marx había hecho 36 años atrás. "La burguesía ha desempeñado en la historia un papel altamente revolucionario".⁵ Bonó no había leído a Marx. Su formación intelectual no pasaba de la ideología liberal burguesa europea de la época. De ahí que no comprendiera que esa burguesía que llegó aquí a trabajar con el azúcar "rompía con la estrechez y exclusivismo nacionales, recorría el mundo entero, dio a los productos un carácter cosmopolita, había castrado el antiguo sentimiento regional y nacional para establecer un intercambio universal".⁶

Las buenas condiciones que apunta Hostos se daban más bien teóricamente y concluía prácticamente corroborando los planteamientos de Bonó refiriéndose a la producción de tabaco al decir que "no era grande la riqueza que se producía, pero era riqueza. Y se podía afirmar que el país estaba en manos de la pobreza, se puede

objetar que aún no ha salido de ese estado". En consecuencia, como Martí prefería su vino aunque agrio, "se vivía pobremente, pero de propio fondo, el país vivía casi en absoluto de lo que producía el país. . . pero vinieron los ingenios, vino con ellos la oferta de trabajos y demanda de braceros, se hizo bracero el antiguo cultivador de breves predios, se abandonó el conuco, la economía rural. . . y por paradójico que parezca, el país era más pobre, cuando más rico se hacía el Estado".⁷

Inmediatamente veía sus consecuencias apuntando que el progreso logrado era aparente y malo "nada importa al país que el capital aumente, porque no aumenta el bien de todo". Hostos planteó su organización a través de la creación de Bancos Agrícolas y fundación de colonias agrícolas con productos diversificados. "La agricultura es la industria fundamental de las Antillas. Favorecerla es favorecer el desarrollo del país". Por otro lado, reiteraba "mientras no encontremos el modo de que coexistan grandes y pequeños capitales, grandes y pequeñas industrias, estaremos en crisis permanente". Pero, por más esfuerzos intelectuales que desplegaron Bonó y Hostos, lo material se impuso y la economía azucarera siguió su paso arrollador, provocando una migración interna hacia los sitios de cultivo, donde en ocasiones se pagaba bien, pero en otras, que era la generalidad, se trataba a los braceros como animales, incluso llegándole a pagar en un papel moneda que lo obligaba a comprar en las bodegas que dicha compañía establecía y donde eran "sacrificados de la manera más incalificable y cruel". Cita H. Hoetink⁸ una carta que un tal Marius enviara al *Listín* del 11 de julio de 1895 donde se señala los problemas que ocasionaron a los comerciantes las bodegas centrales con las que no se podía competir ni en calidad de productos ni en precios.

La industria azucarera se impuso a todas las formas agrícolas existentes revolucionando las formas tradicionales de su producción y el sistema de tenencia de la tierra, dio paso a un proceso de movilidad social del campesino de la misma forma que motorizó la dominación imperialista que se definiría luego con claridad meridiana con la primera intervención norteamericana de 1916—1924. Bonó tiene el derecho de anticiparse a su desarrollo. Y sucedió, en efecto, lo que había planteado de que en el este "El monopolio (azucarero) destruyó los conucos y sus anexos de ganado menor. . . al antiguo labriego sólo le queda su persona".⁹

A finales del siglo XIX, tal como dice Roberto Cassá "la burguesía imperialista a través de la industria azucarera se constituye en el

factor hegemónico de la formación social, reduciendo a un segundo plano y a esferas eminentemente comerciales, a la burguesía dominicana".¹⁰ Esta industria del azúcar hay que comprenderla a raíz de que en las últimas décadas del siglo XIX el capitalismo mundial buscaba monopolizar, se esforzaba por ser imperialista. Y así esta industria representó una actividad eminentemente capitalista, y que en consecuencia, sobre todo en los años próximos a la intervención americana de 1916, rompió con la propiedad mercantil dominante.

"A partir de esta estructura inicial se creó una dinámica del desarrollo histórico del modelo dependiente. Lo esencial en ella consiste en el aumento progresivo de la penetración imperialista, como factor hegemónico en términos internos (hay que hacer un paréntesis para la época de la dictadura de Trujillo) a través de sectores económicos estratégicos en la gran mayoría de los casos ligado al comercio exterior: agricultura, procedimiento industrial del azúcar, banca, transporte".¹¹ Pero el hecho de participar en una economía más abierta, insertada en el mercado mundial capitalista, a la larga favoreció el mercado interior, aunque sacrificara las economías agrarias mercantilistas. "Pero, la dialéctica tiene otra cara: la presencia de un sector capitalista, aún en las épocas en que más asume el carácter de "enclave", pone en crisis las relaciones pre-capitalistas, provoca su disolución lenta, pero progresiva, incorpora continuamente recursos humanos y materiales de ellas, pauperiza en términos absolutos, proletarizando a campesinos y artesanos".¹²

Estas características de la industria azucarera venían a reafirmar un informe de W.S. Courtney en 1860, donde luego de describir que la caña crecía silvestre y espontáneamente y los habitantes sólo tenían que cortarla y molerla en trapiches y hervirla, pasaba a afirmar "*Es fácil concebir lo que sería como fuente de incalculable riqueza el cultivo de este importante producto si ello estuviera en manos de una población emprendedora y de experiencia y conocimientos*".¹³ (Curativas son mías. F.P.)

1.2 El Tabaco

El panorama agrícola en 1812 "se hallaba muy decaído como puede considerarse por consecuencia de las Gerras, de la emigración y de otras muchas vicisitudes, reduciéndose la exportación al tabaco de aquel territorio (se refiere al Cibao. F.P.)".¹⁴ Esa exportación de tabaco, luego de un sobresaliente desarrollo productivo fue lo que

motivó una cierta prosperidad agrícola en los años siguientes. El tabaco era un producto de exportación desde el siglo XVII. Para 1771 estaban dedicados a la siembra de tabaco los siguientes parajes cibaños: Santiago, Licey, La Vega, Limonal, Gurabo, Guazumal, Sabana Grande, Canca, Quinigua, Guayabal, Moca, Jacagua, Egido, entre otros. Con el desarrollo de la economía del tabaco surgió un nuevo grupo social con características e intereses económicos y políticos diferentes al grupo de los hateros. "Así en la hora en que la sociedad de los hateros declinaba estaba formándose en el Cibao la sociedad de los cosecheros de tabaco. Esta sociedad iba a impulsar el desarrollo de la riqueza cibaña e iba a convertir al Cibao, por mucho tiempo, en la región dominante del país en el campo económico, en el social y en el político".¹⁵

Dice Bosch que la economía del tabaco es tan diferente de la economía del hato como la mañana lo es de la tarde. En efecto, las necesidades de tierras limitadas y de buena calidad, variados conocimientos, vinculación con centros urbanos, cierta autonomía en decisiones propias de la economía del tabaco, eran muy discrepantes con la economía hatera que exigía extensos territorios, hábitos que pecaban en lo salvaje al perseguir el ganado, y pocos esclavos que tenían una vinculación muy estrecha con sus amos.

Para Bosch, el cosechero de tabaco del Cibao "era lo que en la sociología marxista se llama un pequeño burgués y en la nomenclatura de la sociología inglesa se llama clase media campesina, aunque se tratara de una muy pequeña clase media".¹⁶

Si se acepta el criterio de Bosch de que en la sociedad tabaquera se encontraba la clase media, a Bonó se le ubica en esa clase o pequeña burguesía, que mostrando preocupaciones liberales, impulsó la economía dominicana y dio continuidad a una serie de hechos como la proclamación de la Independencia, la Revolución del 7 de julio de 1857 y la Restauración. Bonó perteneciendo a esa clase criticó una serie de desenfrenos que, como el arribismo, el individualismo y el subjetivismo, son propios de la pequeña burguesía. A esto impuso su afán de preocupaciones sociales, entrega desinteresada en la búsqueda de una república justa y trabajos intelectuales que respondían a criterios científicos en la generalidad.

En su trabajo *Apuntes sobre las clases trabajadoras dominicanas* publicado en octubre de 1881 justificaba una serie de ponderaciones que concluían en una apoteosis del tabaco. "El ha sido, es y será el

verdadero padre de la Patria (Cursivas son mías, F.P.) para aquéllos que lo observan en sus efectos económicos, civiles y políticos. El es la base de nuestra infantil democracia por el equilibrio en que mantiene a las fortunas de los individuos, y de ahí que viene siendo el obstáculo más serio de las oligarquías posibles; fue y es el más firme apoyo de nuestra autonomía y él es por fin, quien mantiene en gran parte el comercio interior de la República por cambios que realiza con las industrias que promueve y necesita".¹⁷

En atención a los beneficios sociales que implicaba la producción, cosecha y manufactura, lo considera demócrata. El tabaco es demócrata puesto que sin otro capital que un pedazo de terreno, sin máquinas, sin personal, cualquier pobre labrador puede mantener a su familia cultivando tabaco, pues ofrecía una serie de ventajas: créditos, rapidez, oportunidad de sembrar otros productos. Además, conllevaba a que en la producción del mismo interviniera una extensa mano de obra. "Los beneficios de su producción alcanzaban a todos los sectores sociales".¹⁸

Su confianza, defensa hasta su último aliento, chocaron con una realidad intensa y poderosa: falta de apoyo de algunos gobiernos, frágil especialización de los trabajadores, dificultad en el transporte, actuaciones de agiotistas e intermediarios de extrema libertad de maquinación ante la indiferencia del Estado, y sobre todo el pujante y creciente desarrollo de la industria azucarera. Aún así, es muy pronunciada su defensa al tabaco en todos sus trabajos. Influyó mucho en este convencimiento el hecho de que fue el tabaco cibaño el sostenedor de la Guerra Restauradora, redefinición y afincamiento de la soberanía y sentimientos patrios. Esta actitud hacia la susodicha planta solanácea, originaria de las Antillas, de la flora nativa dominicana, era compartida por personalidades prestantes como Ulises Francisco Espaillat, Máximo Gómez (cosechador de tabaco en Laguna Salada), Grullón, Amado Franco Bidó. Este último llegó a considerar "el tabaco constituye para casi toda la región cibaña y muy especialmente para Santiago, su mayor o única riqueza. En el tabaco están cifradas las esperanzas de varios miles de personas y de familias".¹⁹

Las consideraciones de Bonó contienen la energía y el crédito de los razonamientos coherentes y lógicos. Supo ver la producción del tabaco dentro de una realidad muy pobre y estacionada. El tabaco, inserto en dichas condiciones, era posible cultivarlo sin necesitar mucho capital como el cacao. "Si fuese dable calificar a ambos productos, diría que *el cacao es oligarca*, y que *el tabaco es demócrata*. (Las

cursivas son mías. F.P.). Sobre lo de “demócrata y padre de la patria” los apelativos incurren en una generalización fallida. Antonio Lluberes lo enjuicia apuntando “hace una generalización para toda la República Dominicana basado en la situación regional del Cibao. Basta señalar que el tabaco no puede mantener el equilibrio económico de todo el país, pues sólo los relacionados con su cultivo reciben sus beneficios y él sólo se cultiva en el Cibao”.²⁰ Esto es tan cierto de la misma forma como activó la industria e hizo intervenir numerosos trabajadores en su comercio. “Aquí pide obreros, allá serones, acullá caballos, en todas partes subsistencias para alimentar el numeroso personal que tiene la obra” categorizaba el ilustre patriota Bonó.

Para el *crack* del tabaco no sólo fue culpable el azúcar y la situación reinante de poco estímulo, sino también “la mala fe y el fraude” que preceden a su exportación. Por la baja calidad del tabaco, originada por enseronamientos a destiempo y embaucador, cortes prematuros y sequías, bajaron los precios en los mercados de venta de Hamburgo y Bremen en Alemania, situación que afectó hondamente la región norteña. “Un gran abatimiento se nota en todos los semblantes, la miseria se cierne sobre ciudades, pueblos y aldeas, y el campo mustio y sombrío ve con angustia todos sus afanes perdidos. . . serios peligros para nuestra vida de Nación”.²¹

Ya en 1895 en su revista *Congreso Extraparlamentario*, especie de congreso imaginario, excusa de sus análisis, lamenta y establece como se había “dejado en la estaca” al tabaco, aquel producto que consideraba importante, por distribuir sus beneficios en un considerable grueso de la población, porque su cultivo de 4 meses dejaba otros 8 para la siembra de otros frutos menores.

Con el tabaco, fruto de su trabajo creador, el campesino acuñó expresiones culturales con resultados anecdóticos: “hombre de pelo en pecho y tabaco en la vejiga”, “el tabaco es fuerte, pero hay que fumárselo”, “ser como andullo al corte”, “al que se descuida se lo fuman”.

1.3 El Cacao

Bonó como sociólogo y economista dedicó muchas horas al estudio del cacao, producto que se disputaba la primacía del tabaco en su apogeo. Apuntaba que el cacao, contrario al tabaco, era un fruto que

requería capital en cualquier escala que se sembrara, presentaba el inconveniente de que luego de los trabajosos problemas de latar, tumbar, cercar y hacer plantíos en que se gasta tiempo y dinero “hay que esperar 4 y 5 años para los primeros proventos”.²² A esto se le sumaba el hecho de no contar con un mercado importante y seguro, y de no haber una tradición de cultivo. “El cacao después de una vida corta muere de cuajo y el labrador cae en la miseria, o alterna por la vida de bracero, bajando en ambas alternativas el último escalón de la vida social” y agregaba “verdad es que algunos cacaotales prosperan, pero los tales pertenecen a individuos más entendidos que ocupan las mejores tierras”.²³

Para Bonó era muy importante la tradición de cultivo de tabaco en las familias agrícolas cibaenas. “Con el cacao, a menos que haya escuelas especiales, gastará todo su tiempo en pruebas estériles unas, mal retribuidas las otras y todas arruinadoras. Sólo el instinto lo guía donde debiera guiarlo la ciencia o la experiencia, ciencia no tiene, experiencia le falta y así siembra el cacao al acaso, en terrenos sin fondos, sin abrigos, barrocos, arenosos. No protege el cacao con sombra y si lo protege con ésta, es con más de la que necesita”²⁴ Es obvio que Bonó favorecía y prestigiaba una sola consigna: el tabaco. Esa actitud le reservó algunas críticas. En octubre de 1895 el periodista Manuel María Castillo lo refutaba: “no aceptemos exclusivismos, pensemos en la variedad de las labores agrícolas, conviene más el cultivo de diversos frutos (señalaba un principio económico) (paréntesis mío. F.P.). . . la unidad de producción trae la excesiva oferta de los productos y por corolario su depreciación”.²⁵ Por otra parte Luis M. Castillo en un artículo publicado en el periódico *Patria* de octubre de 1895 apuntaba “El tabaco siempre ha sido una espada amenazadora suspendida sobre el comercio del Cibao. Y esto se explica. Este fruto que no tiene más aceptación que en las plazas de Alemania, ha sido siempre sometido a monopolios de esos mismos mercados (. . .) ¿Acaso el progreso de los pueblos estriba en un sólo ramo de la agricultura (. . .)? Nada importa que el país sufra los trastornos de una revolución como la que está sufriendo actualmente, si habrá de levantarse con nueva y mayor vida: hay revoluciones que salvan”.²⁶ Concluía, “siémbrese tabaco, pero siémbrese más cacao, más café y véase el tabaco no como fruto de principal importancia, ni siquiera de primera necesidad en el comercio, sino como una pequeña arteria que contribuye al sostenimiento de los agricultores que laboran en pequeña escala”. Esto así, porque “todos los ramos de la agricultura son necesarios para el esparcimiento del progreso de todos los pueblos”.

1.4 Ganadería

A pesar de que en Bonó no se recogen espaciosos estudios sobre la ganadería los pocos resultan indefectiblemente fuentes de consulta sobre el tema. De la misma forma que Boyer, Toussaint y luego los americanos no se equivocaron con la división de la propiedad, tampoco se equivocó Bonó. Con la mensura territorial la República “adquirirá la estabilidad inherente a toda propiedad exclusiva; los individuos se evitarán pleitos ruinosos y por último, las profesiones dividiéndose y organizándose en su verdadero espacio, tomarán la forma y asiento que les corresponde, para alcanzar la mayor suma de provecho con el mejor trabajo posible que es el ideal económico”²⁷ y agrega: “Entonces, la crianza podría especializarse bajo otras condiciones de más previsión y más lucro, y los criadores cambiando su vida en parte nómada entrarán de lleno en la vida de familia que dan las ocupaciones sedentarias de la agricultura, y quizás sea esto uno de los medios más eficaces para disminuir las revoluciones”. Ello así porque habrá predios especialmente agrícolas y predios especialmente ganaderos.

Si para el sociólogo y economista liberal el tabaco era “el padre de la patria”, la industria ganadera transitaba a pasos cercanos. “Sin brillo, sin protección, sin arte ni enseñanza, con sólo su energía personal, suministra a toda la nación el sustento diario, dando alimentos a ciudades, aldeas, campos, ejércitos. A los niños los ayuda a criar con la leche de sus vacas, los quesos los fabrica por millares, sus tocinos y cecinas ensanchan, agrandan el puchero de legumbres del pobre con el sabor y succulencia que le prestan”.²⁸ Pero eso no es todo, era él quien pagaba casi exclusivamente la instrucción pública, sin ser el hijo del ganadero quien recibía la instrucción que el padre paga “loor, pues, a vosotros ganaderos, grupo esclarecido y verdaderamente cristiano de esta trabajadora nación”.²⁹ Esta afirmación de Bonó contiene un exabrupto romántico. De hecho todas las industrias dejan beneficios al país, ya sea por la mano de obra que emplean, impuestos y contribuciones, o los simples productos que ponen en el mercado, sin que ello sea determinante en el interés patriótico y colectivo.

Los latifundistas (dueños de ganado y tierras), forman hoy en día parte del frente oligárquico. Hay que tener siempre presente en la historia dominicana, que a fines del siglo XVI e inicios del siglo XVIII, la industria azucarera había fracasado. Con el fracaso de la fabricación de azúcar, la esclavitud dejó de ser una buena inversión porque los esclavos se compraban para trabajar en los ingenios. La

doble condición de medios de producción y mercancía que tenían los esclavos, impidió su libertad como fruto del fracaso del azúcar. Entonces, como explica Bosch, la esclavitud africana que empezó siendo oligárquica en el país, pasó a ser patriarcal, porque no entraba en los canales del capitalismo mercantil. En suma, el fracaso de la esclavitud oligárquica desembocó en una nueva formación social, que fue la esclavitud patriarcal, lo que sucedió en los siglos XVII, XVIII y XIX, donde el producto del trabajo esclavo se limitaba a la producción de víveres y animales para la comida de amos y esclavos.

Esos ganaderos que Bonó invocaba eran los latifundistas del Estado pre-capitalista del siglo pasado surgidos luego de las ruinas latinoamericanas y postguerras de independencia. A la cabeza de ese estado pre-capitalista “se hallaba la aristocracia militar, base de una nueva oligarquía, *rodeada por latifundistas, comerciantes, usureros, leguleyos, sacerdotes y burócratas*”.³⁰ (Cursivas mías. F.P.).

El término oligarquía fue lo más voluble en el siglo XIX. Los marxistas lo entienden como los dueños de los esclavos. A inicios de este siglo en Hispanoamérica era la capa social y económica más poderosa. Por otro lado, Bosch en la página 306 de la *Dictadura con Respaldo Popular*, cita al sociólogo brasilero que usa el término oligarquía para calificar al menos a los propietarios de tierra que figuran dentro de los sectores tradicionales, como era la economía del ganado que inicia su proceso de modernización al pasar la economía ganadera un período de expansión hacia el exterior.

La significación de esta motivación busca replantear con una connotación más política los juicios de Bonó frente a la industria ganadera. Evidentemente, esos grupos no eran oligarquías propiamente dichas. Eran pequeños burgueses, aunque tenían el germen de su posterior definición, y en consecuencia tenían, por lo menos mínimamente, los achaques que hoy se le hacen como miembro de dicho frente oligárquico. “Las oligarquías latinoamericanas actuales son los sectores sociales más retrógrados, porque así son sus estructuras agrarias, financieras, comerciales y sociales”.³¹

Esto se expresa en virtud de sus elementos característicos: incorporan el menor número posible de personas en las tareas productivas y por tanto menos gente recibe los beneficios del consumo, acumulan capital de forma irregular y destinan la mayor parte de sus beneficios a la ostentación y se oponen resueltamente a cualquier cambio en la infra o supra estructuras

1.5 Medios de Comunicación

Muchas sociedades deben gran parte de su progreso o fracaso a los medios de comunicación, a oportunidades de tener sobre vías (engrasadas), la ruta comercial de los grandes países. Esto es enteramente importante para la modernización y el progreso social.

1.5.1 Los Caminos

Bonó y Espaillat coincidían en la prédica de la construcción de los caminos y el problema de los caminos siempre desveló a los dominicanos amantes del progreso en términos teóricos, porque ni la misma industria dominicana puso sus recursos a la disposición. Bonó decía en 1881 que los caminos eran obras superiores a su espíritu de asociación. Hacer un viaje en aquella mitad del siglo, tenía como prerequisite que fuera por una obligación o por lo menos había que tener espíritu de aventurero para pasar los ríos, fangos, esquivar los árboles, bosques y montañas. Los gobiernos, en su mayoría, no se propusieron encarar el asunto. Incluso llegaron a cercenar iniciativas privadas como fue el caso de un grupo cibaño que recolectó fondos para la construcción de un camino Santiago—Puerto Plata. En el concepto de Bonó, en la falta de caminos estaba “la clave de todas nuestras miserias e inestabilidades pasadas, presentes y de las futuras”. Ello se confirma en la ocupación *yankee* donde se realizaron obras de infraestructura, que como las carreteras, permitió además de la integración a un mercado único, una ventajosa y rápida dominación política de una población armada y con deseos de subir la escala social por medio de la vía militar y política.

Para Bonó la clasificación de los caminos eran tres:

1) Caminos probables: Estos eran los caminos de hierros y ferrocarriles, muy en boga en la época, pero con dificultades para territorios con un sistema montañoso como el de la República Dominicana. Y para construirlos se necesitaba mucho capital “y no teniendo el capital debe venir del extranjero”.

2) Caminos posibles: Eran los caminos de construcción aceptable y al alcance de la nación, que fueran menos imperfectos que los actuales, que hagan rectas sus curvas y completen la fácil salida de los productos exportables, describía el autor.

3) Caminos verdaderos: Era su término para referirse a los existentes, caminos en donde el río intervenía, en donde el cieno estanca-

ba y los árboles y las espinas eran obstáculos dominantes.

Para Bonó no era justo que a los 36 años de crearse el Estado y después que la clase laboriosa y la población habían entregado al mismo 30 millones de pesos en contribución, aquél no recibiera “un sólo céntimo en el concepto de lo que más necesita: caminos”. Señalaba a los gobiernos que el gran consumo de los caminos era el tiempo y que todo el que se pierde en mejorarlos no se los hace perder al trabajador de la Nación. La capital, cerebro de todo el cuerpo de la nación, estaba separada de todas sus provincias por la falta de una red de caminos. La comunicación Santiago—Capital la describe Bonó como “agreste y salvaje”. En efecto, se dificultaban las posadas y cuando aparecían el menú, era el “vino fermentado, lecho de dos mal lisas tablas y una escasa cena de bacalao”. Esas eran las condiciones para hacer el recorrido del camino con cuatro poderosos ríos en canoas maltrechas o ya idas a piques. Esa era la situación entre las dos más fuertes ciudades de la República.

La situación descrita tenía implicaciones no sólo económicas, sino políticas, cuando no sociales y culturales. Un país desafortunado en la violencia y revoluciones, estaba en desventaja por falta de caminos. Los ejércitos pasaban más trabajo vadeando los ríos que combatiendo a los rebeldes; las disposiciones del Ejecutivo o de cualquier departamento estatal llegaban a veces, exagerando, cuando subía otro gobierno que la anulaba. Y Bonó no aceptaba remedios momentáneos a una situación que cada día ponía “más lejos a la Capital de sus provincias, la dejan más débil y hasta impotente para ejercer su mandato”.

No faltaron los *exagerados* que señalaron que se usaban los caminos de los colonizadores. En aquel estado los recorrían los recueros o arrieros, grupo de alta moral especializado en transporte y correo. Sobre el lomo de sus mulas y caballos descansaba gran parte de la economía dominicana que se desarrollaba por vía terrestre.

1.5.2 Los Ferrocarriles

Los ferrocarriles constituían la arrolladora inquietud de una época que buscaba modernizar la producción. Su planificación comenzó desde muy temprano, pero hubo que esperar el 1887 para inaugurar parcial, o totalmente, el de Sánchez—La Vega. De doce que recoge Hoetink cuando trata el tema en su libro *El Pueblo Dominicano: 1850—1890* sólo dos se localizaban en el Norte, y fueron precisamente los que en ese siglo condujeron a resultados beneficiosos: El

de Sánchez—La Vega (1887), de 130 kilómetros y el de Santiago—Puerto Plata (1897) de 68 kilómetros. Este último propiedad estatal construido por iniciativas de *C.J. den Tex Bondt* y el Gobierno de Heureaux con un empréstito de 900,000 de la casa bancaria holandesa *Westendorp & Co.* la cual lo pasó a *C.J. Tex Bondt*, quien seguiría la cadena de entrega a *San Domingo Improvement, San Domingo Railway Company*. Dice Hoetink en su citado libro (página 90). “Así se refleja en la historia de la construcción del ferrocarril la muy importante transición de una supremacía europea de intereses comerciales y financieros a una predominancia norteamericana”.

Ya en 1895, en sus imaginarios Congresos Extraparlamentarios, se quejaba de los ferrocarriles y su influencia sobre la industria nacional al quedar en una situación de “monopolio y coloniaje”.

En la industria azucarera, antes de finalizar el siglo, ya se habían construido maquinarias que viabilizaban su crecimiento. De modo que para 1897 la mecanización del transporte del azúcar experimentaba un ritmo de progreso alentador. De los ingenios en Santo Domingo, seis totalizaban más de 100 kilómetros de líneas ferroviarias; en San Pedro de Macorís sumaban 108 kilómetros y 3 ingenios de Azua completaban los 72 kilómetros. Además, las compañías fruteras estaban en el proceso de construir líneas ferroviarias, como la Compañía Frutera de San Lorenzo (*Samaná Bay Fruit*) y la Compañía Frutera de La Romana.

A pesar de todo esto, no se puede perder de vista la particularidad de estas vías de comunicación, sólo al servicio de la economía azucarera, inicio de la dominación económica y política de la República.

1.6 *Política Monetaria*

1.6.1 *Emisiones de Papel Moneda*

La política monetaria de casi todos los gobiernos dominicanos del siglo XIX, para resolver los problemas económicos, era la política más fácil: el papel moneda. Las emisiones de “papeletas” eran la panacea ante las guerras, falsificaciones, deudas o cualquier inconveniente estatal, gubernamental o presidencial. Bonó había visto como los sistemas financieros dominicanos siempre constituían estorbos, casi nunca favorecieron una política económica. Para Bonó el papel moneda era lo que “desbarataba todos sus cálculos”. Añadía que era

“el instrumento más corruptor de cuantos han obrado con más eficacia en esta sociedad y el que más quitó la confianza del crédito a largos plazos y los hábitos de ahorro. Hubo pudor al principio en las emisiones, pero toda su secuela desarrollándose en razón directa de las exigencias de situaciones angustiosas, llegó su corrupción hasta el grado de que la Contaduría emitiese papel para las apuestas de gallo del Presidente de la República”.³²

No bastó siquiera medio año de República para que ya en agosto de 1844 se realizara la primera emisión que buscaba, con sus 150,000 pesos nacionales, sustituir el papel moneda haitiano. Pero se hizo sin tener presente elementales leyes de la administración monetaria. Dice Julio C. Estrella: “Este fue el comienzo de una vorágine monetaria que rápidamente produjo sus efectos adversos. El poder de emisión se prostituyó y los excesos cometidos en este sentido, condujeron de inmediato a la depreciación de los billetes, no obstante que hombres de plena conciencia del caos económico en que se sumía la República, hicieron esfuerzos para imponer una disciplina al respecto”.³³

Bonó no estaba solo en su oposición a las emisiones de papel moneda, también se opusieron Benigno Filomeno de Rojas, Manuel Joaquín del Monte, el legislador Stanley Henneken quien, junto a Rojas, presentó en 1847 un proyecto de ley en el Congreso, que buscaba ponerle coto a la descomposición monetaria señalando que se debía comprender que la depreciación de la moneda nacional es un mal tan grave y urgente naturaleza, que si no se aplicaba algún remedio eficaz y con tiempo, se corría el riesgo de exponer a una ruina total todos los recursos de la República. Quienes entienden de política monetaria explican que ella “es el signo más ostensible de la organización y estabilidad de una nación. Cuando un país no cuenta con moneda propia, o la tiene pero sin valor intrínseco, o de un valor nominal fluctuante, es indudable que el quebranto sufrido por esa nación en todos los órdenes es sumamente grave”.³⁴ Sin embargo, la realidad fue que a lo largo de todo el siglo XIX la emisión monetaria fue “un expediente que usaron los gobiernos dominicanos para solventar penurias fiscales, no el resultado del acontecer económico orgánico (. . .) las continuas devaluaciones en este sentido agudizaron aún más las penurias fiscales, y he aquí, entonces, que el uso del poder fiduciario del Estado para emitir papel moneda, en realidad no hacía más que acelerar el proceso deficitario fiscal, en vez de mejorarlo”.³⁵

Por emisiones de papel moneda se dieron revoluciones, siendo la

más importante la revolución cibaëña del 7 de julio de 1857, a raíz de los 18 millones de papel moneda nacional emitidos en el gobierno de Buenaventura Báez, costándole el gobierno. No obstante, ni las experiencias económicas, sociales y políticas se asimilaron, hasta tal punto que hubo que esperar gobiernos posteriores a la muerte del presidente Ulises Heureaux, que frente a una profunda crisis económica (provocada por la corrupción del sistema monetario), aplicaron la desmonetización y se impuso el billete dólar americano que circuló con carácter exclusivo hasta la reforma bancaria y monetaria de Trujillo en 1947. Pero, antes de que sucediera todo eso, hay que darle la razón a los señalamientos de Bonó en el sentido de que “acabaron de hundir en la ruina a la nación y formaron de la Hacienda un caos: un tropel de especulaciones vergonzosas, cercaron las rentas públicas. Vale, *Se debe*, empréstitos exteriores, deudas consolidadas, flotantes, antiguas, modernas, interiores, extranjeras, formaron la enmarañada madeja de la Hacienda que ya exhausta, sin crédito y abandonada a merced de empíricos, procedió como los hijos pródigos empeñando en manos de usureros la herencia que pudo caberles”.³⁶

1.6.2 *Empréstitos e Inversionistas*

Economistas, sociólogos y políticos contemporáneos a Bonó no dejaron de contemplar con optimismo los empréstitos como socorro a la ruina económica de la sociedad. Los empréstitos en Bonó están contestes con una política económica que aseguraba con fiereza la soberanía e independencia de la República. Creía cierto que empréstitos exteriores podrían favorecer la marcha de la administración, activar renglones de la economía agrícola, impulsar la manufactura. Pero, lo consideraba “haciendo caso omiso de las condiciones leoninas probables de los prestamistas”.³⁷ Pero, en asuntos administrativos a nivel interno que “si no se regularizan primero los gastos públicos, si no se contiene un tanto la corrupción, no habrá caudal que baste. La marea de estos gastos en pretensiones, indemnizaciones, jubilaciones, pedidos petulantes de los favoritos, sobresueldos, aumentará y crecerá en proporción directa de la masa metálica disponible en las cajas y atropellará los mejores y más decididos propósitos de economía”.³⁸

Alertaba que “el empréstito exterior y la creación de un banco extranjero entraña un peligro que no hay sagacidad que pueda evitar. Ningún banquero aventurará la gestión de su dinero a los dominicanos, es de necesidad que el extranjero sea quien administre el banco y

desde este momento entra directa y personalmente en la administración pública de los dominicanos o si se quiere mejor se sustituye el gobierno en todo y por todo”.³⁹ Se observa que esta situación junto al peligro de la inestabilidad política de esta segunda mitad del siglo en cuestión podría dar lugar a intervenciones de los gobiernos de los banqueros y vendrá, decía Bonó, una perturbación cuando menos en las relaciones internacionales de la República Dominicana, cuando las circunstancias no fueran propicias para “otra cosa peor para nuestra independencia”. Fijad bien la atención en cómo logró tomar la delantera a lo sucedido en 1916 con la intervención de los norteamericanos. Los empréstitos los aprobaba si junto a la desaparición de estas condiciones se elaboraba con tono de ley un dique fuerte e insalvable que regularizaría las erogaciones: se refiere a un Presupuesto de gastos votado por las Cámaras y respetado como ley. La formación social imposibilitaba tal recomendación e incluso el sugerente sabía “que no hay otro Poder del Estado, sólo el Ejecutivo, los demás son sombras vanas (. . .) no hay otra cosa que desespere más al que trabaja, que desaliente más el patriotismo, que engendre iras más violentas y profundas, que la distribución de los fondos públicos”.⁴⁰ Esto era obligatorio para entreabrir por lo menos la puerta cerrada del progreso dominicano, subrayaba Bonó.

Tenía el peso de la razón, pues los problemas de la nación dominicana no se erradicaban ni se eliminaban con empréstitos. Se urgía un sistema de gobierno que se planteara una política económica acorde con la realidad y necesidades de la nación, donde los pasos, la táctica administrativa, luego de explotar los recursos de la naturaleza y del hombre, se responsabilizara de una equitativa inversión y distribución de las riquezas. Decía Bonó que el pueblo dominicano trabajaba y a la vez contaba con benévolas condiciones geográficas, pero le faltaba “la dirección que un buen gobierno proporciona”.

Con respecto a la inversión extranjera señalaba en sus *Apuntes para los 4 Ministerios* en 1857, que “el capitalista, si no está halagado por brillantes beneficios garantizados por la tranquilidad, nunca arriesga su capital en empresas que piden mucho tiempo para realizarlas. Por consiguiente, no era de esperar que la República obtuviese capitales extranjeros, cuando faltaba de todos los elementos que lo atraen”.⁴¹ Pero aún así observaba el afán de los legisladores por promulgar leyes que pretendían atraer, dar facilidades e incorporar inversionistas extranjeros a la nación. Pero, en el sentido que se pensaba en esa época era irrealizable (sólo varió marginalmente en las dos últimas décadas que al coincidir con un capitalismo mundial esfor-

zado en la búsqueda de nuevos mercados se facilitaron las inversiones foráneas), pues con la inestabilidad política y los inconvenientes del papel moneda, era muy difícil lograr atraer inversionistas extranjeros. A renglón seguido examinaba toda una serie de realidades que distanciaban a cualquier posible inversionista extranjero, sin dejar de entender que esto se aplicaba, además, al inversionista criollo, por ejemplo: si se dedicaba a la agricultura iba a encontrar una escasa y costosa mano de obra, ignorancia de los jornaleros criollos, pocos adelantos en las técnicas de la agricultura, reducidos medios de transporte. Y concluía: "no era de esperar que la República tuviese capitales extranjeros, cuando faltaba de todos los elementos que los atraen".

Aún así, "Todo se esperó de la emigración, cuando todo pueblo que trabaja tiene en sí los elementos constituyentes de su propiedad. El pueblo dominicano trabaja pero le falta la dirección que un buen gobierno proporciona. . . Anteriormente se habían dado franquicias a los extranjeros, igualando sus derechos a los de los dominicanos, sin la compensación de las cargas que éstos sufrían: de aquí resultó una libertad de acción que se tradujo en perjuicio de los naturales".⁴²

Hostos se manifestaba a favor de una inmigración que suministrara lo que hacía falta. Jiménez Grullón señala que obedeciendo a criterios de figuras de la clase dirigente se le dio importancia a la inmigración en el primer gobierno de Heurieux. Espaillet que se había preocupado por esto, hace notar su oposición de que no será la inmigración la que suministrará lo que tanta falta hace.

Bonó fue el que más se acercó a la verdad de todo aquello, aunque de los tres ninguno de ellos pudo penetrar al meollo del asunto, pues como apunta Jiménez Grullón "el grupo dominante (que entiende como burguesía) era económicamente entreguista y rico en contradicciones internas, era totalmente imposible organizar y dar estabilidad a una corriente inmigratoria".⁴³

Hostos habla de una dispersión de los inmigrantes. Pero, muy pronto tenemos una trascendental ola de inmigración. "Una inmigración de capitales, que huyendo de la ruina que los amenazó un momento histórico en Cuba y Puerto Rico, fueron a aprovechar la ventaja que les ofrecían la concesión gratuita de terrenos y la excelencia de éstos".⁴⁴ Hay que tener en cuenta la importancia de esta inmigración especialmente para el establecimiento de la industria azucarera.

Pero no sólo se discutían de ésta las ventajas y desventajas, sino también a qué era debido esta inmigración de capitalistas extranjeros; unos creían que sucedió una coincidencia histórica por la repentina y obligada inmigración cubana, otros a la muy liberal política de concesiones y franquicias. Bonó apoyaba la primera opinión. Y en su artículo *Privilegiomanía*, escrito en 1880 hablaba “que vienen capitalistas extranjeros y establecen cuatro o seis haciendas de caña de azúcar sobre terrenos feraces casi a precios de regalía (. . .) los amos se ven rodeados de una población que antes eran los dueños del terreno y ahora son los braceros (. . .) mientras más veo proteger la caña de Santo Domingo, más pobre veo al negro de Sabana Grande y Monte Adentro, y si sigue ello, no está lejos el día en que todos los pequeños propietarios que hasta hoy han sido ciudadanos, vendrán a ser peones o, por mejor decir, siervos, y Santo Domingo, una pequeña Cuba, o Puerto Rico, o Luisiana”. Todo esto como era de esperarse, provocó una serie de comentarios al respecto, que cobraron mayor radio cuando más tarde llegó a decir “. . .vistas fríamente las cosas, y aunque choque y mortifique a nuestra vanidad y amor propio, la causa primogénita, única del reciente desenvolvimiento de la industria sacarina en Santo Domingo, no es debida a las franquicias y monopolios que, tan liberal como onerosamente hace años para llamar al país capitales extranjeros y hasta para no llamarles, se otorgan: este desenvolvimiento se debe a la inmigración cubana”.⁴⁶

Basta apuntar que, sin esa causa primera, fundamental a pesar de las franquicias, la isla ni una ni otra isla habrían tenido el factor indispensable de todo comienzo de industria seria, es decir: un personal científico, práctico, acaudalado. Para Jiménez Grullón, realmente es así, sólo Bonó se le antepuso a la situación exponiendo su carácter anti-económico. Y al igual que en Cuba, dicho negocio tenía típicas características coloniales. Así, la producción azucarera se convirtió desde entonces en uno de los pivotes de nuestro capitalismo dependiente, y dieron la mayor parte de los ingresos al Estado. Una tabla sobre los derechos aduanales e ingresos del Estado, permite captar en cifras la penetración y desarrollo que dieron los inversionistas a la industria azucarera. La misma se toma de Hoetink.⁴⁷

DERECHOS ADUANALES Y TOTAL DE INGRESOS DEL ESTADO

Años	Derechos importación	Derechos exportación	Ingresos T.
1861	355,044.40	—	478,768.43
1869	507,138.59	56,503.89	700,028.27
1870	601,393.64	77,708.46	728,605.59
1884	—	71,419.20	—
1888	1,195,531.11	183,750.00	—
1895	—	287,608.00	1,382.703.00
1896	1,210,456.00	287,608.00	1,551.155.00

1.6.3 Impuestos

Bonó decía que por lo que el pueblo dominicano ha pagado en toda su historia no había recibido los servicios prometidos. Tenía toda la razón cuando en 1884 hacía dicha aseveración. Los servicios eran sumamente precarios aunque los impuestos abarcaban un radio de acción oceánico. Había que pagar impuestos de importación, exportación, locomoción, pasaportes, peajes, portazgos, barcajes, transmisión de propiedad, registros, papel, hipotecas, estampillas, a notarios del Estado al nacer, casarse y morir, y otros que alargarían la lista. Pero se pagaban los impuestos sin recibir los servicios que esos tributos justificaban. Bonó lo demostraba “no se ha hecho ni arreglado seriamente un sólo camino, la instrucción pública gratuita sólo demuestra su oligarquía y su falta de organización, las obras públicas y los elementos necesarios de conservación de un pueblo que ha probado que quiere ser feliz y uno de sus destinos no lo ha recibido”.⁴⁸ 121,1303,, II.

II. ASPECTOS POLITICOS

2.1 Los Partidos Políticos

El germen de los partidos políticos dominicanos está en la Sociedad La Trinitaria. Desde aquí se vislumbran elementos que lo conceptualizan. La Trinitaria tenía su líder (J.P. Duarte) y era expresión política de los sectores más liberales de la época: la pequeña burguesía. Aspiraban a crear una sociedad burguesa, democrático—representativa en donde se respetarían la vida, la libertad y los clásicos derechos de la burguesía europea. Todo ello concebido en la primera

Constitución dominicana, con la excepción del famoso artículo 210 que daba poderes dictatoriales al presidente Pedro Santana. Contrario a este intento partidista estaba el de los Conservadores o Santanistas, representantes de las ideas e intereses de los hateros.

A raíz de la Guerra Restauradora se van definiendo dos fuerzas políticas. El Partido Rojo y el Partido Azul. Antes de la Restauración no se puede hablar con propiedad de partidos políticos. "En 1850 ningún país del mundo (con excepción de los Estados Unidos), conocía partidos políticos en el sentido moderno de la palabra. Había tendencias de opiniones, clubes populares, asociaciones de pensamiento, grupos parlamentarios, pero no partidos propiamente dicho".⁴⁹

El estudio de nuestros partidos resulta espinoso, descansaban en prácticas y costumbres no escritas, se basan en recuerdos, opiniones temerosas, cuando no emocionales. No tuvieron estatutos, reglamentos internos, programas de gobierno, métodos de trabajo, plataforma política. Es en Bonó, de todos los intelectuales del pasado siglo, donde se examina con frialdad y sensatez el asunto.

El Partido Rojo: Con Buenaventura Báez como líder indiscutible defendió los intereses de las capas y sectores más pobres. Campesinos pobres, artesanos, generales autoproclamados y seres desarraigados, defendieron con locura, en ocasiones, a este partido denominado también baecista o de la regeneración. Ideológicamente se puede definir como una organización sumamente atrasada y colonialista o anexionista, aunque sus filas se nutrían del seno del pueblo, lo que explica "el temperamento emocional de nuestro pueblo, unido a su escasa educación política".⁵⁰ Su composición social atada a las facilidades de armas y alzamientos explica sus gobiernos caracterizados por una violencia brutal, bestial y sin cuartel; sobre todo cuando las oportunidades de ascenso social buscada, fracasaban o simplemente se alejaban.

El Partido Azul: interpretaba las ideas liberales de Bonó. Su simpatía la declaró en junio de 1881. El Partido Azul —apuntaba— "ha sido el partido de mi predilección".⁵¹ Tiempo después, en marzo de 1884 y luego de ofrecérsele la candidatura presidencial, aprobaba "salgo también de los partidos, yo no quiero ser partidario, quiero ser dominicano. Perdono los desmanes que la ignorancia o la angustia hacen cometer a los partidos. . . sigo amando a los azules, rojos y verdes, porque sé que en todos los partidos hay hombres excelentes y

hombres abominables”.⁵² El Partido Azul, llamado también nacionalista y liberal defendía criterios patrióticos y nacionalistas, pero fundamentándose en un dogmatismo anquilosante. La extrapolación suya no se compadecía con la realidad social del presente. De ahí que no rebasó la minoridad de grupos intelectuales, algunos comerciantes, industriales, terratenientes, y la mayoría de la juventud y grupos arribistas. Su surgimiento definitivo se halla a raíz de la caída de Pedro Ignacio González en marzo de 1874. Dice Jiménez Grullón “fue cuando nació el Partido Azul, como una organización política coherente que respondía a un ideario —el liberal nacionalista— y a un mando reconocido y obedecido por la militancia. . . la aparición del nuevo partido implicó un avance histórico. Pero es evidente que el fenómeno asomó circunscrito al plano ideológico, dentro de la ideología dominante”.⁵³

Importante es hacer la salvedad de que su sentimiento liberal era un reflejo del avance foráneo, como había surgido el sentimiento de dominicanidad en la lucha contra Haití. Tanto fue así, que el Partido Azul no llegó a encajar, asimilarse a la realidad. Se quedó, pues, exótico y foráneo.

Habría que acompañar a Jiménez Grullón de que si bien fue el partido del nacionalismo y liberalismo políticos, lo fue también de la utopía. Utopía en el sentido de plantearse una doctrina liberal en riña con el momento histórico de subdesarrollo. Bosch habla de su contradicción inherente, refiriendo que sus líderes aspiraban una república burguesa cuando ellos no eran burgueses ni contaban con recursos económicos y humanos para lograrlo. En otras palabras, su liberalismo, captado en realidades extrañas, necesitaba para aplicarse un largo proceso, porque las revoluciones no son permanentes como pensaba Trotsky. Sin embargo, fue el Partido Azul la fuerza política más democrática y avanzada del presente, aún a sabiendas de sus respetos por la formación social y modo de producción existentes. Pero con el tiempo fueron los azules los verdaderos herederos de los trinitarios, con un líder e ideólogo sustituto de Duarte como fue Gregorio Luperón.

Los partidos, en términos generales, para Bonó estaban compuestos por “la misma clase de políticos, gente a juzgar sin caridad, ni patriotismo. A cada revolución aparecen diez, veinte personas de buena voluntad y talento que al fin de cierto tiempo quedan ahogadas en el océano del egoísmo”.⁵⁴ Y no se equivocaba, como tampoco desacertaba que los partidos surgidos luego de la Restauración “a

falta de méritos personales que presentar, se valen de propaganda maliciosa para desprestigiar”.

Un asunto elocuente en los partidos políticos, era la cantidad de miembros o simpatizantes. Bonó aclara “no se podrá hacer nunca una estadística correcta del número de individuos que componen el partido rojo o azul en una época determinada, tal que Azul de hoy al que quiten el empleo o pensión de que goza, mañana será Rojo, y tal Rojo de ayer aquí sin dicho empleo, en seguida será Azul”. Incluso una familia perteneciente a un partido cualquiera gustaba de tener un pariente en el otro que le sirviera de “garante” en el momento oportuno. Presagiaba el ilustre sociólogo y economista que esta situación sucedería en el porvenir.

Bonó era de opinión que la variabilidad de las simpatías estaba influenciada por la oposición ciudad—campo: el habitante del campo “casi siempre prefería a un partido distinto del que apoyaran las gentes de la ciudad, como consecuencia de la explotación a que estaba sometido el campo por la ciudad”. Dado el carácter agrario de la producción, la ciudad vivía y explotaba al campo, de ahí que Bonó decía que el hombre del campo veía al de la ciudad como una carga pesada. El mismo Marx había hablado de la oposición ciudad—campo, sin embargo Bonó se equivocó en el sentido de que el habitante del campo casi siempre abraza espontáneamente el partido contrario al que siguen las ciudades.

El mencionado antagonismo aparecía circunscrito al plano económico. Sin embargo, Bonó tuvo el mérito de por lo menos captar el antagonismo.

Toda esta situación, más la misma experiencia práctica (el fracaso de Ulises F. Espaillat) determinaron que no se lanzara a la lucha política y rechazara la nominación presidencial de los azules. Era una situación en que los “doctores” dependían de los “Generales”. Bonó se preguntaba en caso de que lo eligieran presidente “¿Cuáles habrían sido mis ministros de Estado, mis jefes comunales, mis gobernadores y mi congreso? (. . .) la República Dominicana no tiene las condiciones necesarias para ser autónoma bajo el estandarte democrático puro”.

Por eso, hizo caso omiso a la espada de Damocles “cuyo hilo es más delgado en mi país que en Siracusa para tiranos y no tiranos”.

En suma: Los partidos políticos eran organizaciones en las cuales

se buscaba cuando no el lucro personal inmediato, por lo menos el ascenso social en el porvenir, lo que se explica por ser “una sociedad de escasa movilidad social, donde el gobierno era la mayor fuente de empleos y oportunidades. . . la detentación del poder era la sola alternativa para la facción de sobrevivir. De aquí que los menos afortunados económicamente lucharan con fervor casi inaudito por apoderarse del poder, única vía para ser estimado socialmente y obtener ventajas económicas”.⁵⁵

2.2 *Las Constituciones*

En toda sociedad moderna se hace necesario que la estructura económica descansa en todo un conjunto de aparatos e instituciones normativas, que reglamenten el funcionamiento de la sociedad en su conjunto. Es esta la estructura jurídico-política. La primera constitución dominicana, publicada el 6 de noviembre de 1844, y redactada en menos de 20 días, recogió los criterios de grupos liberales y conservadores. Los primeros insertaron los principios e instituciones que traducían el liberalismo Europeo y Norteamericano. Los segundos, negaron esos principios con el artículo 210 que constitucionalmente aceptaba la dictadura del Presidente Santana. Bonó notaba que a esta Constitución de 1844, a pesar de la proclamación de los derechos universales del hombre, le faltaba el “código civil” que acomodara a los individuos. Con los códigos se cometió el error de confundir realidades diferentes. “Que de ellos conviniendo a la Francia sin modificar se dedujera que debían convenir íntegramente a la República, esto fue la gran equivocación del Congreso, y lo que, desde el principio atrajo inconvenientes en la administración de la Justicia; desde entonces las leyes orgánicas han sido la trama de Penélope, tejer y destejer”.⁵⁶

Para Bonó cada nación necesita códigos propios, asentados sobre las bases del derecho, pero acorde con sus necesidades, sus usos, costumbres, índole y grado de civilización, “confieso —dice Bonó— que una buena legislación la considero como los cimientos de la futura grandeza de la República”. Este criterio lo llevó a trabajar en una de las constituciones más liberales de nuestro país, incluso comparable con la Constitución de 1963. La Constitución de Moca, en gran parte obra de Bonó y Espailat, es una de nuestras reformas constitucionales realizada con más alto espíritu cívico, explica Emilio Rodríguez Demorizi. Se le agradece a Bonó en esta Constitución, su empeño por el Gobierno Federal, que buscaba no una insignificante

reforma política, sino una importante reforma que erradicaría el centralismo caudillista capitalaño.

2.3 *El Ejército y Guerras Civiles*

En una moción en el Senado en 1856, haciendo una reseña de los males que agobian a la sociedad, señalaba: “un gran mal aqueja al país, señores, y es el ejército permanente. Este ejército no deja al hombre trabajar, le roba su tiempo y no le da compensaciones, hace de una porción de hombres, tal vez la más apta al trabajo por su edad y condiciones, una porción de seres empobrecidos; los hace holgazanes, por falta de continuidad en el trabajo; los hace descuidados por los convencidos que están de que a merced de voluntad ajena no pueden completar sus obras; y los hace ignorantes porque no pueden hacer aplicaciones de una experiencia cualquiera que no han tenido tiempo de adquirir. Visto por el lado más útil, tampoco da resultados el ejército permanente. En una guerra nacional como la que contra Haití se sostiene, la Nación al primer llamamiento de las autoridades, marcha en masa a la defensa de su territorio, y si se ve algunos desertar en esos momentos es porque mal organizado el ramo de la guerra ha carecido el ciudadano de todo lo necesario”.⁵⁷

Donde más razón tenía Bonó era en la detención y estancamiento de la producción. Con una población tan escasa, (Antonio López de Villanueva calculaba 186,000 para 1861) se profundizaba más la crisis, ignorando la principal fuerza productiva que es el hombre. La economía marxista categoriza que cualquier sociedad está condenada a desaparecer si cesa la producción de los bienes materiales, para ellos la producción material es la base de la vida de cualquier sociedad, es una ley que tiene un carácter objetivo y actúa independientemente de la voluntad de los hombres. Todo era más perturbador por el peso de los gastos militares. Para el ejército se emitió papel moneda, se hicieron préstamos particulares, y se cubrieron impuestos, contribuciones de los pueblos. Junto a los gastos habría que sumar los gastos del Departamento de Guerra y Marina al que se le asignó en 1847 la suma de \$1,535,775 pesos nacionales y \$25,000 en moneda fuerte. En ese mismo año al ejército terrestre se le dedicaba \$1,335,775. Había gastos en compra de armas, municiones, pertrechos, burocracia militar, etc.

Para 1848 los sueldos mensuales del Ejército eran los siguientes:

Secretario de Estado \$3,600

General de División	2,700
General de Brigada	2,040
Coronel	1,200
Capitán	384
Teniente Coronel	600
Teniente	288
Soldado	48

Los gastos y sueldos militares aumentaron en la misma medida que aparecían campañas militares, como la del 1845–56.

Como economista Bonó comprendía los efectos desastrosos de esta situación, y no tenía que ser materialista para así entenderlo, con la objetividad de sus análisis planteó la necesidad de eliminar el ejército, y crear una Guardia Cívica que estaría compuesta de “propietarios, de hombres casados, padres de familia. . . reorganizar la Guardia Cívica, bajo un sistema liberal, civil, elegible”.⁵⁸

Jiménez Grullón piensa que tanto la Guardia Cívica propuesta por Bonó, como el Cuerpo Profesional ideado por Luperón, si bien es cierto que expresaban preocupación del mal ejercido por el Ejército, eran irrealizables, estarían “a merced del caudillo en el poder. . . no se dieron cuenta de que el subdesarrollo invalidaba una y otra idea, en el caso de que cualquiera de ellas se hubiera puesto en práctica”.⁵⁹

En un discurso pronunciado en Moca en 1858, en el Congreso Constituyente, Bonó se refería a otro de los tantos males que aquejaba a aquella sociedad: la Guerra Civil; la guerra fratricida entre dominicanos. Bonó, a pesar de que en este discurso no era su intención desarrollar el tema, por sus otros ensayos nos damos cuenta de las consecuencias económicas, políticas y sociales que conllevaba la guerra. En el desarrollo de este trabajo hemos visto cómo la intranquilidad política alejaba tanto a inversionistas extranjeros como dominicanos, hemos visto cómo se abandonaba la producción y cómo se desarrolló una economía militar; así es que nos ahorramos espacio, y no entramos en más detalles sobre las implicaciones de las guerras civiles.

2.4 *El Federalismo*

Si Francisco Pi y Margall fue el apóstol del federalismo español, Bonó lo fue en la República Dominicana. Fue el primero de los

dominicanos que con mayor coherencia planteó el federalismo como una alternativa política, no meramente administrativa. Su bandera federalista buscaba enfrentar el centralismo de los gobiernos dominicanos fundamentando su posición en la característica beligerante de la sociedad dominicana del siglo XIX. Siendo la República gobernada por el Poder Central “los Gobiernos desde la capital no han visto más allá de una legua en circunferencia, esto prueba que se debe dejar a las provincias la libertad de proveer a ellas por medio de una independencia, que en cierta manera no las ligue con el Gobierno Central”.⁶⁰

Es decir, se buscaba crear un sistema federal, un sistema en donde la norma suprema creara dos órdenes subordinada a ella, pero coordinados entre sí. Para Bonó “todos los males del país nacen de las invasiones del Poder Ejecutivo”, por lo que planteó el federalismo para hacer el país “más libre y trabajador”.

El federalismo presenta modalidades según las características que lo determinan como tal: en algunos estados existe federalismo porque hay diversidad profunda entre los grupos sociales; en otros hay federalismo por su nota esencial, identidad e igualdad de decisiones jurídicas, políticas, entre la federación. El caso dominicano se sitúa en cierto sentido, en el primer caso. De hecho, aquí existían condiciones favorecedoras del federalismo: falta de un sistema de comunicaciones, diversidad y rivalidades regionales, los períodos de aislamiento y existencia de hasta gobiernos provinciales y gobiernos fuertemente centralistas, y el carácter violento de muchas provincias. En otras palabras, si es válida la crítica a Bonó en el sentido de que los problemas dominicanos no se resolvían enteramente con el federalismo, hay que reconocerle la virtud de propugnar un sistema político concorde a la realidad existente. Además, Bonó debía de saber que en su época la mayoría de los países de América luchaban por el sistema federado. Los países centroamericanos al independizarse de México en 1821 se federaron; que Chile adoptó este sistema en 1826; que la Constitución de Colombia de 1853 fue de carácter federal. Lo mismo que la de México (1856), Brasil (1889), Argentina (1853).

La moción del federalismo de Bonó se descartó cuando su autor la propuso en la Constituyente de Moca en 1857. Se adujo la necesidad de unión de la República ante las invasiones haitianas, existencia de zonas muy pobres, etc. Con el centralismo del Ejecutivo se propusieron neutralizarlo dándole atribuciones mínimas y creando un sistema municipal. Ripostó Bonó que si al Poder Ejecutivo se le encerraba

en un círculo muy estrecho, no se le pueden dar responsabilidad, pues no teniendo libertad de obrar, tampoco podrá responder de nada, ni comprendía cómo se establecería la independencia municipal dependiendo del Poder Central, porque “en las formas centrales todo poder que no sea uno de los tres, Ejecutivo, Legislativo y Judicial, es inferior y dominado”.⁶¹

El centralismo de la capital era real, tan real que hasta Báez llegó a decir que “mientras la Capital piensa, el Cibao trabaja”. Hay que tener presente que entre el Cibao y el Sur existía una pugna básicamente económica; en la Constituyente de Moca esa pugna por la ciudad capital y ese trasfondo económico fue lo que instó a Bonó a asumir en dicho Congreso la defensa del federalismo, pero este regionalismo y el consiguiente federalismo tenían también una fundamentación económica.

Ello se capta cuando en el curso de la discusión del proyecto de Constitución de la mencionada asamblea, Bonó afirmó: “Confieso que hay unos mismos usos y costumbres en la Nación, pero tal vez no hay unos mismos intereses”, con lo cual significaba cómo en la región cibaëña, gracias al cultivo del tabaco, el dinero llegaba a todas las clases sociales, mientras que en el Sur todos los beneficios de la producción eran monopolizados.

Desgraciadamente Bonó no fue bastante explícito en su intervención, lo que contribuyó a una serie de interpretaciones que no respondían a su propósito. Inclusive hombres que entendían de política como Alejandro Angulo Guridi, no captaron a qué intereses se refería Bonó. Llegó a creer Guridi que se refería a los intereses de la Nación. Sin embargo, la concepción federalista fue desechada por el Congreso Constituyente, a pesar de contar con el apoyo de figuras importantes como Ulises Francisco Espaillat, quien se solidarizó con el federalismo y al respecto decía “no hay duda de que mientras más se subdivide el poder, más se debilita, y justamente eso es lo que conviene a los pueblos para que sus gobernantes no empleen, para oprimirles, el poder que ellos han recibido”.

2.5 Organización de la Sociedad Dominicana

“La sociedad dominicana vista por el lado de sus manifestaciones periódicas convulsivas, deja en el espíritu un hondo sentimiento de pesar y tristeza. El espectáculo de un pueblo turbulento, mal avenido siempre con el gobierno que acaba de elegir y el de este gobierno

siempre descontento con la ley que lo ha creado; del primero, conspirando o en actitud de conspirar contra el segundo, y éste demoliendo o amagando demoler las leyes que protegen al ciudadano, bajo el falaz pretexto unos y otros, de encontrar por esos rumbos, el camino de la libertad, del reposo y el orden. Todo esto hace augurar una disolución definitiva de su forma actual. La Historia no nos presenta otros ejemplos en los pueblos trabajados por una larga anarquía, y todo hombre prudente que la ha estudiado con fruto, da por perdida en tiempo más o menos próximo, a una República que no ha dado pruebas suficientes de tener los elementos necesarios para gobernar y dejarse gobernar, que es la vida regular de las naciones”.⁶²

“La sociedad dominicana fue organizada para el despotismo, que los acontecimientos posteriores han acabado de pulir dicha forma, y que tendremos mal que nos pese rebeliones más rebeliones, dictaduras y más dictaduras; porque, además de ser el remedio universal a que han apelado pueblos y gobiernos en las horas supremas de su existencia, los nuestros no se prestan para otro”.⁶³

Sí, “*La Sociedad Dominicana fue organizada para el despotismo*”, era la conclusión de sus artículos *Apuntes sobre las clases trabajadoras dominicanas*, publicados en octubre de 1881.

Frente a esta situación su consigna fue la transacción, como camino para superar la crisis social y política.

2.6 *Política de Transacción y Concordia*

Después de aseverar y certificar que la Sociedad Dominicana estaba organizada para el despotismo, señalaba “un sólo paliativo se ofrece para que las dictaduras no ahoguen a los dictadores, y la anarquía no destruya a la República. El nombre de ese paliativo es *transacción*. Pueblo y gobierno, clases y partidos, todos por amor a la patria deben reducir sus pretensiones, sus poderes, hacerse concesiones recíprocas, bastantes, pacíficas, oportunas, para que aflojemos un tanto el peso de la cadena que nuestros mayores nos remacharon”.⁶⁴ Añadía: “estas transacciones y conclusiones son suficientes para ocupar el tiempo que gastamos en mirar embelesados al exterior (. . .) transaremos el cosmopolitanismo y exclusivismo exagerado, recibiendo al extranjero por lo que intrínsecamente valga, siempre lo recibiremos con amor, como hermano, mas no como superior, como amo (. . .), tal vez con él nos será fácil corregir las equivocaciones pasadas, las exageraciones presentes y encontrar el camino de la *concordia* y

del progreso". (Cursivas mías. F.P.).

Pero Bonó no se hacía ilusiones y se preguntaba si ella era dable a las ardientes pasiones de los partidos, si era posible que aclararan sus rencores, olvidaran sus padecimientos, o "refrenaran sus impacencias a la vista de los deleznable triunfos de sus contrarios".⁶⁵ El mismo se respondía "mucho lo dudo".

Ahora, su conclusión sobre el despotismo revela una visión derrotista, muy pesimista, y su tesis de transacción refleja "una postura anti-dialéctica y, por tanto, negadora de la lucha de clases y de las contradicciones sociales. Quiso, en suma, empujado por la buena intención y el sentimiento patriótico, que el amor entre todos fuera la ley suprema de la vida nacional".⁶⁶ Por su misma formación intelectual que respondía a las corrientes ideológicas liberales burguesas europea, no pudo captar que en una sociedad con fuertes contradicciones sociales, la transacción es casi imposible. Pero hay que tener presente de que hablaba de transacción como paliativo.

III. ASPECTOS SOCIALES

3.1 Clases Sociales

Entre los trabajos valiosos de Bonó contamos sus *Apuntes para la clase trabajadora dominicana*, *Cuestiones sociales y agrícolas* y *Opiniones de un dominicano*. El primero trata el medio social, económico y político en que se desenvuelve la clase trabajadora compuesta en aquel entonces en su mayoría por trabajadores rurales, aparceros y pequeños propietarios.

Lo primero que se nota del trabajo es su certero enfoque clasista. Este ensayo estudia nuestra producción fundamentándose en realidades históricas y enfoca el problema partiendo de la estructura clasista de la sociedad. Hay allí una intuición, una imaginación sociológica única. Hay aquí juicios severos sobre la clase directora que era entreguista económicamente y que "todo lo esperaba de la metrópoli". Si bien Rodríguez Objío ya había hablado de la "clase conservadora" y la "clase proletaria", lo cierto es que Bonó ahonda en el problema, convirtiéndolo en la base de su interpretación.

Nos vamos a situar en los años ochenta donde se notan ciertas peculiaridades en la estratificación social. Todavía en estos años y luego de cambios agrarios y económicos, no se puede hablar con

certeza de describir la estructura social. Lo que parece cierto es que cada región tenía su propio modelo de estratificación y era difícil concebir una jerarquía social de tipo nacional.

3.2 *Condiciones Higiénicas*

La estructura, la organización de una sociedad es de forma tal y compleja que el menor desequilibrio afecta al todo. Independientemente del descuido de los gobiernos de aquella época por Bonó comprendemos cómo en el aspecto salud afectaban las constantes guerras. “La vida perpetua de los campamentos, los incendios repetidos y la guerra constante, han puesto y mantienen a muchas partes de la población en las peores condiciones de salubridad. El abandono o descuido de los medios profilácticos reconocidos por la ciencia y propagados por los gobiernos, han permitido el desarrollo de infinitas dolencias, mortales unas o que invalidan por toda la vida las otras”.⁶⁷ Todas las plagas mortales hacían mayormente sus estragos en las zonas más alejadas de cualquier tímido intento de una campaña en su contra. Dice Bonó “que el país fue diezmado en 1865 por las viruelas y de volver a aparecer la mortalidad sería doble”. Siendo médico y economista es obvio que cuenta con toda la autoridad al manifestar “Enfermedades como éstas más o menos fáciles de prevenir y remediar por medio de buenos reglamentos, y que abandonados cual hoy se encuentran, amenguan y entorpecen considerablemente a la población y la producción”.

3.3 *Juegos y Fiestas*

En cualquier medio donde los mecanismos de movilidad social están reservados para un determinado sector y donde se den las condiciones para una “cultura del ocio” es muy probable que tal situación favorezca juegos y fiestas. Ambos factores están muy relacionados, pensemos en ese *slogan* que muchas veces escuchamos sin analizar “fiesta hoy y mañana gallo”.

En la época de Bonó, los juegos, sobre todo el de los gallos, que era el deporte nacional, fueron factores que influyeron no sólo en lo económico sino hasta en lo político; piénsese cómo le llamaban a los partidos en los años posteriores a los ochenta. Se conoce un caso que traduce muy bien el favor de los gallos: hubo un Presidente que desempeñaba sus funciones gubernamentales entre la algarabía de las galleras. Como sociólogo, esta situación la supo poner sobre el tapete. Las mismas leyes parecían encaminadas a favorecerla cual una indus-

tria. De las muchas leyes malas que regían al país “Ninguna debe causar mayor asombro que las que contraen a los juegos, por un lado una lo prohíbe en absoluto y a continuación la misma ley lo ordena”. Nadie duda que ver sábado, domingo y lunes, congregarse de diez mil a doce mil agricultores —con niños y mujeres— en la valla de una gallera, completando el escenario mesas de juegos de azar, departamento de bebidas alcohólicas y baile; es sumamente preocupante, más si comprendía lo que le faltaba por caminar a la República para ser una patria próspera y autónoma. Bonó señalaba que el obrero y el agricultor se pierden y hacen del joven de veinte años un viejo caduco, que ya sin vigor sólo piensa en jugar lo que adquiere, beber aguardiente y cuidar de sus gallos y gallinas de calidad”. Para completar el cuadro del desajuste que padecíamos habría que ver con Bonó los demasiados días festivos que se celebraban. “Los dominicanos guardan las tres cuarta partes del año, comprendiendo en ella: los domingos, los días de ambos preceptos, los preceptos de misa, los de los patrones generales y particulares, los tres días de las cuatro solemnidades pascuales, los de los santos abogados de los gremios, de las enfermedades de los ojos, garganta, muela, parto, terremotos, cosas perdidas, etc. (. . .) de manera que esta creencia quita al trabajo su santidad y le imprime un carácter pecaminoso (. . .) vicio éste inherente a la ignorancia, pero que la iglesia puede corregir”.⁶⁸

El insigne patriota y amigo de Bonó don Ulises Francisco Espaillat tiene un análisis sumamente interesante de la gallera y del merengue, que a pesar de su importancia no vamos a insertar aquí por no extendernos demasiado.

IV. ASPECTOS CULTURALES

4.1. La Instrucción Pública.

Siendo Bonó Ministro de Justicia y Administración Pública expone en 1867 los siguientes datos:

Para la enseñanza superior	\$13,716.00
Para la enseñanza primaria	3,960.00
Total	17,136.00

Repartido en esta forma:

Para la Capital	7,656.00
Para el resto de la República	9,480.00

Ante esta situación de centralismo, Bonó exigía que el gobierno debía “desviarse de tan torcida senda, y sin inferir agravio a persona alguna, obtener resultados más generales, iguales (. . .) debe repartir los beneficios en proporción de las cargas según las riquezas y la justa aspiración de cada localidad (. . .) a cada localidad su centro de enseñanza (. . .) para que el país se cure de esa lepra asquerosa de la ignorancia que tan temible es. . .”

Señala Hoetink que a principios de los años setenta, las instituciones educacionales sólo podían ser clasificadas como muy poco desarrolladas. Señalaba el Ministro de Justicia e Instrucción que en ese año —1867— de los que sabían leer y escribir se concentraban en: 1) los hombres que por su edad aprendieron antes de la independencia; 2) los extranjeros; 3) los hijos de la ciudad de Santo Domingo; 4) los jóvenes que han aprendido en Europa y otro lugar del extranjero e hijos a quienes los padres han enseñado ellos mismos. El mismo Bonó había fundado un seminario conciliar, cátedras de derecho y medicina. Analizando datos de los cambios cuantitativos vemos que en 1871 en San Cristóbal había una escuela y para la población de 15,000 habitantes sólo 400 sabían leer y escribir; en 1881 la misma comunidad tenía tres escuelas particulares de varones y dos de niñas, además de seis escuelas públicas.

Así sucedía en otras localidades. El mismo Meriño escribía satisfecho en 1898 de que se hayan prolongado las escuelas primarias. En los tres últimos decenios del siglo pasado, hubo primero un aumento relativo considerable en el número de escolares. La ciudad de Santiago que en 1867 tenía tres escuelas, ya en 1871 la aumenta a ocho, para treinta y dos en 1898. No dejemos de tener presente que era las comunes mayores las que habían disfrutado del aumento de prosperidad.

A nivel de forma de enseñar, sobra decir que era una educación impositiva y se enseñaba aritmética, gramática, geografía, historia y cívica. A finales del siglo pasado hubo ciertas tendencias a modernizar la enseñanza a la que el mismo Bonó se opuso. En 1879 en el Gobierno Provisional de Luperón se decretó la legislación de las Escuelas Normales creadas por Hostos, aquí comienza en verdad su gran aporte a la Educación, con su marcado énfasis en el positivismo de Comte que tantas ronchas hizo entre los círculos conservadores. Es importante observar que a pesar del cierto progreso de la instrucción, la idea de irse a estudiar en el extranjero está todavía muy arraigada.

4.2 *La Prensa*

Cada vez que Bonó se refirió a la prensa lo hizo en forma disgregada, atacándola unas veces por los excesos apologéticos al progreso artificial que experimentaba el país en los tiempos del auge azucareño. A lo mejor en Bonó no encontramos un análisis concreto al respecto, si tomamos en cuenta que era la prensa escrita por donde él canalizaba sus preocupaciones mayores. Los órganos de prensa recibían mensualidades de los gobiernos como forma de condicionarla.

4.3 *Asociaciones y Masonerías*

En el aspecto cultural se destacaron infinidad de asociaciones hasta el punto que Hostos llegó a subrayar “cómo han podido nacer, crecer y mantenerse esas asociaciones (. . .) en un medio social tan débil y un medio político tan violento”. Aquel pobre país tiene un espíritu de asociación que ha sobrevivido a todas las coacciones. Como vemos en los aspectos culturales, Hostos se distingue en sus aportaciones.

La masonería ocupaba un lugar prominente en la sociedad y de todos los Presidentes del siglo pasado, sólo Meriño no había sido masón. Las masonerías tenían muchas relaciones con las actividades educativas y de asistencia social.

4.4 *Las Artes*

La vida literaria en la segunda mitad del siglo XIX alcanzó notables logros. A pesar de la emigración de una parte de los intelectuales encontramos una cierta producción. Hoetink señala que en la segunda mitad del siglo hay una producción excepcional. Aquí hay que incluir a Pedro Francisco Bonó que publicó su novela de costumbres *El Montero*. Está también la novela *Enriquillo* de Manuel de Jesús Galván y están además, José Joaquín Pérez y Salomé Ureña de Henríquez, que al criterio de Menéndez y Pelayo era la primera gran poetisa del país.

En lo que se refiere a las dimensiones políticas y sociales de la producción, bueno es consignar sus tendencias principales: interés en el pasado indio, costumbres, solidaridad moral con otros pueblos vecinos, aún coloniales, y la fe en un mejor vivir. La predilección de los escritores no tenía una consonancia de fondo y forma. Citando a

Bonó lo escucharemos diciendo: “En mi país (. . .) se ha dado más extensión a la letra que al espíritu, la forma lo abarca todo, se persigue el ideal del bien decir, se castiga el estilo, se le magnifica, se le rinde un culto excesivo en materias de suyo vacías en el sentido (. . .) —más luego explicaba— si la instrucción pública (. . .) nada verdaderamente ha producido, la iniciativa individual (. . .) encontrando los caminos de pública utilidad totalmente obstruido, se ha deslizado en el sólo sendero expedito en que podía el genial talento de un pueblo tropical desarrollarse, la literatura, la poesía sobre todo, es una ocupación predilecta (de nuestra juventud); pero, ay, debería ser el complemento de nuestra general cultura”.⁶⁹

Conclusión

El pensamiento de Pedro Francisco Bonó ha sido el que siempre ha estado más cerca de la realidad social de su época, muy por encima de todos los intelectuales distinguidos coetáneos, e incluso más avanzado que muchos contemporáneos.

De la visión social que tiene el insigne sociólogo, bien que podríamos decir que es la cumbre del pensamiento dominicano.

Pocos supieron captar la realidad social de forma tan certera, universal y hasta trascendente de su tiempo, sus concepciones avanzadas de la realidad del país son un llamado a la subversión del atrasado pensamiento político, su pensamiento tan puro y noble todavía hoy mantiene su vigencia en algunos aspectos.

Como pocos incursionó el campo de las ciencias sociales con una concepción metodológica más o menos definida. Sus *Apuntes sobre las clases trabajadoras* es el primer ensayo sobre el problema clasista.

La visión de Bonó sobre la sociedad dominicana sí puso al desnudo la realidad social, económica y política de nuestro conglomerado, todavía hoy la encontramos al desnudo como él la vio, y no son telas las que faltan para vestirla, sino nuevas formas de organización social.

¡Cuántos ropajes aún tendidos vemos en esta época que vivimos!

¡Cuántos problemas sin resolver aún quedan de los que su pluma supo captar!

LA SOCIEDAD DOMINICANA VISTA POR PEDRO FRANCISCO BONO

NOTAS

1. Harry Hoetink. *El Pueblo Dominicano 1850–1900*. 2da. Edición, Santiago, Ediciones UCMM, 1972, pág. 20 y passim.
2. Emilio Rodríguez Demorizi. *Informe de la Comisión de EUA en Santo Domingo*. Santo Domingo, Editorial Montalvo, 1960.
3. Gregorio Luperón. *Notas Autobiográficas y Apuntes Históricas*. 2da. Edición, Santiago, Editorial El Diario, 1939, III, 149.
4. Eugenio María de Hostos. *Falsa Alarma: Crisis Agrícola*, en *Hostos en Santo Domingo*. Santo Domingo, Ciudad Trujillo, 1939, Vol. I.
5. Carlos Marx y Federico Engels. *Manifiesto del Partido Comunista. Crítica al Programa de Gotha*. México, Imprenta Juan Pablo, 1972, pág. 54.
6. IBID, pág. 56.
7. Eugenio M. de Hostos. *Hostos en Santo Domingo*. Santo Domingo, Ciudad Trujillo, 1939, pág. 163.
8. Harry Hoetink. *Op. Cit.*, pág. 37.
9. Pedro Francisco Bonó. *Opiniones de un Dominicano*. En Emilio Rodríguez Demorizi, *Papeles de Bonó*, Santo Domingo, Editorial del Caribe, 1964, pág. 281.
10. Roberto Cassá. *Modos de Producción, Clases Sociales y Luchas Políticas (República Dominicana Siglo XX)*. Santo Domingo, Editorial Alfa y Omega, 1976, pág. 20.
11. IBID, pág. 11.
12. IBID, pág. 15.
13. Emilio Rodríguez Demorizi. *Riqueza Mineral y Agrícola*. Santo Domingo, Editorial del Caribe, 1965, pág. 133.
14. Antonio Del Monte y Tejada. *Historia de Santo Domingo*. 3ra. Edición, Ciudad Trujillo, 1953, Tomo III, pág. 326.
15. Juan Bosch. *Composición Social Dominicana*. 4ta. Edición, Santo Domingo, Editorial Tele-3, 1974, pág. 168.
16. IBID, pág. 168.
17. Pedro Francisco Bonó. *Apuntes sobre las Clases Trabajadores*, en Rodríguez Demorizi, *Papeles de Bonó*. *Op. Cit.*, pág. 199.
18. P.F. Bonó. *Ideas Corrientes del Día y su Influencia en la Producción*, en Rodríguez Demorizi, *Papeles de Bonó*, pág. 165.

19. Amado Franco Bidó. *Páginas Sencillas* (Santiago 1924, pág. 74), en Rodríguez Demorizi, *Papeles de Bonó*, pág. 54.
20. Antonio Lluberes. *La Economía del Tabaco en el Cibao*, en la segunda mitad del siglo XIX, Revista MM, Enero—febrero 1973, No. 4, pág. 43.
21. P.F. Bonó. *Una Indicación*, en Rodríguez Demorizi, *Papeles de Bonó*, pág. 268.
22. P.F. Bonó. *Congreso Extraparlamentario*, día tercero, en Rodríguez Demorizi, *Papeles de Bonó*, pág. 362.
23. IBID, pág. 368.
24. IBID.
25. Manuel M. Castillo. *Mi Opinión*, en Rodríguez Demorizi, *Papeles de Bonó*. Op. Cit., pág. 400 y passim.
26. Luis M. Castillo. *Congreso Extraparlamentario*, en Rodríguez Demorizi, *Papeles de Bonó*. Op. Cit., págs. 400 y passim.
27. P.F. Bonó. *Apuntes sobre las Clases Trabajadoras*. Op. Cit., pág. 224.
28. IBID, pág. 226.
29. IBID.
30. Juan Bosch. *Dictadura con Respaldo Popular*. 2da. Edición, Santo Domingo, Editorial Max, 1971, pág. 301.
31. IBID, pág. 313.
32. P.F. Bonó. *Opiniones de un Dominicano*, en Rodríguez Demorizi, *Papeles de Bonó*. Op. Cit., pág. 295.
33. Julio C. Estrella. *La Moneda, la Banca y las Finanzas*. Santiago, Ediciones U.C.M.M., 1971, tomo I, pág. 47.
34. César A. Herrera. *Las Finanzas en la República Dominicana*. Ciudad Trujillo, Impresora Dominicana, 1955, tomo I, pág. 9.
35. Julio C. Estrella. *Op. Cit.*, pág. 44.
36. P.F. Bonó. *Opiniones de un Dominicano*. Op. Cit., pág. 295.
37. IBID, pág. 297.
38. IBID.
39. IBID, pág. 298.
40. IBID, págs. 300 y passim.

41. P.F. Bonó. *Apuntes para los Cuatro Ministerios de la República*, en Rodríguez Demorizi, Op. Cit., pág. 94.
42. IBID, pág. 95.
43. Juan I. Jimenes Grullón. *Sociología Política Dominicana*. 2da. Edición, Santo Domingo, Editora Taller, 1976, Vol. I, pág. 312.
44. Eugenio Ma. de Hostos. *Hostos en Santo Domingo*. Op. Cit., pág. 267.
45. P.F. Bonó. *Privilegiomanía*, en Rodríguez Demorizi, Papeles de Bonó. Op. Cit., págs. 251 y passim.
46. P.F. Bonó. *Una Súplica*, en Rodríguez Demorizi, *Papeles de Bonó*. Op. Cit., pág. 253.
47. Harry Hoetink. Op. Cit., pág. 115.
48. P.F. Bonó. *Opiniones de un Dominicano*, en Rodríguez Demorizi, *Papeles de Bonó*. Op. Cit., pág. 296.
49. Maurice Duverger. *Los Partidos Políticos*. 3ra. Edición, México, Fondo de la Cultura Económica, 1965, pág. 15.
50. Julio G. Campillo Pérez. *El Grullo y el Ruiseñor*. Santo Domingo, Editoria del Caribe, 1966, pág. 60.
51. P.F. Bonó. *Carta a J.U. Flores*, en Rodríguez Demorizi, *Papeles de Bonó*, pág. 452.
52. Juan I. Jimenes Grullón, Op. Cit., pág. 228.
53. P.F. Bonó. *Carta a P.J.F. Cristinacce*, en Rodríguez Demorizi, *Papeles de Bonó*, pág. 517.
54. Adriano M. Tejada. *El Partido Rojo, el Partido Azul y el Partido Verde*. Revista MM, enero—febrero 1975, No. 16, pág. 24.
55. P.F. Bonó. *Apuntes para los Cuatro Ministerios*. Op. Cit., pág. 88.
56. P.F. Bonó. *Moción en el Senado 1856*, en Rodríguez Demorizi, *Papeles de Bonó*. Op. Cit., pág. 71 y passim.
57. IBID, pág. 72.
58. Juan I. Jimenes Grullón, Op. Cit., pág. 271.
59. P.F. Bonó. *El Sistema Federal*, en Rodríguez Demorizi, *Papeles de Bonó*. Op. Cit., pág. 106.
60. IBID, pág. 107.
61. P.F. Bonó. *Apuntes sobre las Clases Trabajadores*. Op. Cit., pág. 190 y passim.

62. IBID, pág. 228.
63. IBID.
64. IBID, pág. 229.
65. Juan I. Jimenes Grullón, Op. Cit., pág. 300.
66. P.F. Bonó. *Cuestión Hacienda* en Rodríguez Demorizi, *Papeles de Bonó*, pág. 160.
67. IBID, pág. 161.
68. P.F. Bonó. *Opiniones de un Dominicano*. Op. Cit., pág. 291 y passim.

BIBLIOGRAFIA

- Bartra, Roger. *Breve Diccionario de Sociología Marxista*.
- Bosch, Juan. *Composición Social Dominicana*. 4ta. Edición, Santo Domingo: Editorial Tele-3, 1974.
- Bosch, Juan. *Dictadura con Respaldo Popular*. 2da. Edición, Santo Domingo: Editorial Max, 1971.
- Bonó, Pedro Francisco. *Papeles de Bonó*. Santo Domingo: Editora del Caribe, 1964.
- Campillo Pérez, Julio C. *El Grillo y el Ruiseñor*. Santo Domingo: Editora del Caribe, 1966.
- Cassá, Roberto. *Modos de Producción, Clases Sociales, Luchas Políticas (República Dominicana Siglo XX)*. Santo Domingo: Editorial Alfa y Omega, 1977, tomo I.
- Rodríguez Demorizi, Emilio. *Apuntes de Bonó*. Santo Domingo: Editorial del Caribe, 1964.
- Rodríguez Demorizi, Emilio. *Antecedentes de la Anexión a España*. Ciudad Trujillo: Editora Montalvo, 1955.
- Rodríguez Demorizi, Emilio. *Papeles de Espailat*. Santo Domingo: Editora del Caribe, 1962.
- Rodríguez Demorizi, Emilio. *Informe de la Comisión de los E.U.A. en Santo Domingo*. Santo Domingo: Editorial Montalvo, 1960.
- Delmonte y Tejada, Antonio. *Historia de Santo Domingo*. 3ra. Edición, Ciudad Trujillo, 1953, tomo III.
- Domínguez, Jaime. *Economía y Política—República Dominicana 1844—1861*. Santo Domingo: Editora UASD, 1977.
- Duverger, Mauricio. *Los Partidos Políticos*. 3ra. Edición. México: Fondo de la Cultura Económica, 1965.
- Estrella, Julio C. *La Moneda, la Banca y las Finanzas*. Santiago: Ediciones UCMM, 1971, tomo I.
- Galeano, Eduardo. *Las Venas Abiertas de América Latina*. Uruguay: Editorial Universidad de la República, 1972.

- Gimbernard, Jacinto. *Historia de Santo Domingo*. 4ta. Edición. Santo Domingo, 1976.
- Harnecker, Marta. *Los Conceptos Elementales del Materialismo Histórico*. 18ava. Edición. Argentina: Editorial Siglo XXI, 1973.
- Harnecker, Marta. *El Capital: Conceptos Elementales*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1971.
- Herrera, César. *Las Finanzas en la República Dominicana*. Ciudad Trujillo: Impresora Dominicana, 1955, tomo I.
- Hoetink, Harry. *El Pueblo Dominicano 1850–1900*. 2da. Edición, Santiago: Ediciones UCMM, 1972.
- Hostos, Eugenio M. *Hostos en Santo Domingo*. Ciudad Trujillo, 1939.
- Jimenes Grullón, Juan I. *Sociología Política Dominicana*. 2da. Edición, Santo Domingo: Editora Taller, 1976.
- Luperón, Gregorio. *Notas Autobiográficas y Apuntes Históricos*. 2da. Edición, Santiago: Editorial El Diario, 1939.
- Lluberes, Antonio. *La Economía del Tabaco en el Cibao en la Segunda Mitad del Siglo XIX*. MM, enero–febrero, 1973.
- Marx, Carlos. *Manifiesto del Partido Comunista. Crítica al Programa Gotha*. México: Impresora Juan Pablo, 1972.
- Mir, Pedro. *Las Raíces Dominicanas de la Doctrina Monroe*. Santo Domingo: Ediciones Taller, 1974.
- Nikitín, P. *Manual de Economía Política*. 3ra. Edición. Buenos Aires: Ediciones Estudios, 1973.
- Tejada, Adriano M. *El Partido Rojo, el Partido Azul y el Partido Verde*. Revista MM, enero–febrero, 1975.
- Tolentino Dipp, Hugo. *Perfil Nacionalista de Gregorio Luperón*. Santo Domingo: Publicaciones América, 1970.